



Manuel García-Margallo, expresó ayer su «respeto absoluto» por la decisión del Papa Benedicto XVI y le agradeció las tres visitas que ha realizado a este país durante su pontificado. La secretaria general del PP, María Dolores de Cospedal, destacó la «talla humana» de Su Santidad, mientras que la vicesecretaria general del PSOE, Elena Valenciano, expresó el «respeto» de su partido hacia la deci-

sión de renunciar. «Afectado» se mostró el presidente de la Conferencia Episcopal Española y cardenal arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela. Declaró sentirse «como huérfano» y expresó su «profunda gratitud» por el servicio prestado.

> 'Dolor en el corazón'

«Millones de personas echarán de menos» al Papa Benedicto XVI

como «líder espiritual», en palabras del primer ministro británico, David Cameron. «Trabajó incansablemente para reforzar las relaciones del Reino Unido con la Santa Sede», afirmó el jefe del Ejecutivo británico en un comunicado oficial. Cameron recordó que «se recuerda con gran respeto y cariño» la visita del Pontífice al Reino Unido en 2010. Por su parte, el arzobispo de Canterbury, Justin Welby, aseguró ayer que ha

recibido con «plena comprensión» pero con «dolor en el corazón» la noticia de la dimisión de Benedicto XVI. Destacó que ejerció su cargo con «gran dignidad, perspicacia y coraje».

> 'Sorpresa' para Cuba

El líder de la Iglesia católica cubana, el cardenal Jaime Ortega, vivió ayer como una «gran sorpresa» y una «lección de humil-

dad» la inesperada renuncia de Benedicto XVI. «El Papa rompe una vez más los patrones y no teme anunciar al mundo que está débil y cansado para continuar la gran responsabilidad de gobernar la Iglesia católica», afirmó Ortega, quien también es arzobispo de La Habana, en un comunicado. Ortega, de 76 años, fue anfitrión de Ratzinger en su penúltimo viaje al extranjero, hace casi un año.

ra ronda, aunque en la lista de papables también revisten importancia las opciones de Claudio Hummes (Brasil) y Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga (Honduras). El primero ha sido más explícito que el segundo en el mensaje de reforma.

► **EL PAPA EUROPEO.** La tutela de la fe en Europa tuvo mucho que ver en la elección de Ratzinger. Aquí el problema no es la «intoxicación» de las iglesias evangélicas, sino el escepticismo y la proliferación de descreídos. Semejante contexto y el mantra de la «Europa de los valores cristianos» urgiría no tanto un Pontífice italiano, en plan iglesia doméstica, como una contundente referencia continental. Más aún cuando existen candidatos de perfil idóneo que eran demasiado jóvenes hace siete años y que ahora juegan sus opciones en un cónclave de mayoría europea. Nos referimos al purpurado francés, Philippe Barbarin, arzobispo de Lyon, y la máxima autoridad eclesiástica de Austria, monseñor Schönborn, un cardenal aristocrático que prefiere manejar la votación en lugar de buscar su propia proclamación.

► **AMÉRICA DEL NORTE.** Entre las figuras que han descollado en la etapa de Ratzinger ha adquirido peso en las apuestas la figura de Marc Ouellet. Un canadiense de 68 años que se maneja en todos los idiomas necesarios —inglés, francés, italiano, español, portugués— y que desempeña relaciones privilegiadas con América Latina. De hecho, se curtió como sacerdote en Colombia y adquirió «conciencia callejera», como sostenía a propósito de sus experiencias en Cali y Manizales. Tiene un perfil transversal, cosmopolita, preferible a los otros favoritos de Norteamérica. Ahí está el arzobispo de Nueva York, Timothy Dolan, pero el escándalo de la pederastia en EEUU condiciona la alternativa de un purpurado con pasaporte estadounidense.

► **EXOTISMO.** No parecen maduros los tiempos para las opciones asiáticas o africanas. Las quinielas de 2005 pusieron en órbita las opciones de Gantin (Benin) y Arinze (Nigeria), pero el primero murió y el segundo supera los 80 años, motivos por los cuales la opción del Papa negro parecen encomendarse a la eminencia guineana Robert Sarah en cabeza de un «bloque exótico» donde suena el arzobispo de Manila, Luis Antonio Tagle.



El Papa Benedicto XVI, ayer, durante el Consistorio en el que anunció su renuncia al Pontificado a partir del 28 de febrero. / O. R. / REUTERS

Consecuencias inesperadas

La ley electoral canónica prevé el proceso de elección del nuevo Pontífice en un caso así

ANÁLISIS

ANTONIO VIANA

La noticia de la renuncia del Papa nos ha pillado a todos desprevenidos, pues no cabía deducir de gestos o palabras del Pontífice tal propósito. Sin embargo, es una decisión no sólo largamente meditada, sino también presentada por Benedicto XVI «después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia», según sus palabras de ayer. La ha tomado con libertad y la ha expresado formalmente, como prevé la ley canónica de 1983 para el caso de la renuncia papal. Se presenta como un acto de humildad, a la vista de que sus condiciones físicas no le permiten ya ejercer bien su importante tarea.

El cargo pontificio quedará vacante a partir del próximo 28 de febrero. Como prevé la ley electoral canónica de 1997, el Colegio de Cardenales se encargará a partir de entonces de gestionar la situación interina y de elegir al su-

cesor de Benedicto XVI. Lo establecido es que la elección tenga lugar entre 15 y 20 días después del comienzo de la sede vacante (*Universi Dominici Gregis*, n. 37).

De este modo, entre el 15 y el 20 de marzo comenzaría el cónclave electoral. Podrán votar en él hasta 120 cardenales, siempre que no hayan cumplido 80 años antes del 28 de febrero. La mayoría para elegir al Papa es de dos tercios de los votos. El elegido (no necesariamente uno de los cardenales) deberá aceptar libremente el cargo y, desde ese momento, será obispo de Roma y pastor de la Iglesia universal.

La situación de un Papa que renuncia no tiene apenas precedentes en la historia de la Iglesia. Aparte de algunos casos en el primer milenio, el supuesto más conocido es el del Papa Celestino V, que renunció a la sede romana en 1294, apenas unos meses después de haber sido elegido. Al mismo tiempo, la noticia de la renuncia pontificia plantea a la Iglesia la situación de saber convivir con el

nuevo Papa emérito, pero eso no parece que sea un problema, a la vista de la sencillez y discreción que siempre han inspirado el comportamiento del Pontífice hoy dimisionario.

Quizá sea esa una de las enseñanzas más visibles de su breve pontificado: la imagen de un hombre que tuvo que asumir con sencillez, con plena confianza en la ayuda de Dios, la dura carga del servicio petrino en unas cir-

► Un total de 120 cardenales, menores de 80 años, pueden votar al futuro Papa

► Hace falta una mayoría de dos tercios para que haya 'fumata blanca'

cunstancias de la Iglesia nada fáciles al comienzo del tercer milenio. Él no lo había previsto ni lo deseaba, pero ha cumplido la tarea hasta que no ha podido más y ha sabido retirarse a tiempo.

Precisamente, cabe una reflexión sobre la oportunidad del momento de la renuncia de Benedicto XVI. Me refiero a que con esta decisión el Papa ha sabido reconocer humildemente sus limitaciones físicas y se ha adelantado a una posible situación de incapacidad que habría hecho muy difícil, por no decir imposible, el ejercicio de su ministerio.

En este sentido, la valiente decisión de Joseph Ratzinger puede estimular la publicación de una ley canónica sobre la situación de la sede romana cuando el Papa queda totalmente impedido por enfermedad o vejez, legislación prevista por el derecho de la Iglesia pero no promulgada hasta ahora.

Antonio Viana es decano de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra.